



Antônio Torres, un novelista del sertão

Rosario Peyrou

(Entrevista al novelista Antônio Torres)

Nacido en Bahía en 1940 en un pequeño pueblo del sertão, Antônio Torres tiene una larga trayectoria como novelista. Su primer libro, *Un perro aullándole a la luna* fue considerado la revelación del año por la crítica brasileña en el momento de su aparición (1972), y se publicó en español en Buenos Aires por Sudamericana. El segundo, *Los hombres de los pies redondos* (1972), es una novela más experimental, que refleja su experiencia en Portugal al final del salazarismo. Pero fue *Esa tierra* (1976) el libro que lo consagró, dentro y fuera de su país, como uno de los novelistas más destacados del Brasil. Luego vendrían *Carta al obispo* (1979), *Adiós viejo* (1981), y *Balada de la infancia perdida* (1986), inspirado en un poema de Lorca que Torres leyó cuando era muy joven en la Biblioteca Mario de Andrade de San Pablo, recién llegado a la ciudad. *Un taxi para Viena d'Austria* (1991), su libro más carioca, va en la quinta edición y fue publicado en francés por Gallimard. En 1997 salió su última novela *El perro y el lobo*.

Inquieto, bienhumorado, Torres ha incursionado también en la crónica. Lo hizo en 1996 con un libro sobre el centro de Rio de Janeiro y en 1998 con *El Circo en el Brasil*.

-¿Cómo sitúa su propia obra en la literatura brasileña?

-Tengo un pie en la tradición y otro fuera de ella. Pertenezco a la generación de los años 70 que tiene un grupo amplio de escritores: desde Marcio Sousa en Manaus a Moacir Sclyar en Porto Alegre. Uno de los nombres mayores de mi generación - infelizmente muerto - es el escritor João Antonio. La mayoría de ellos está hoy en la primera plana de la literatura del Brasil: João Ubaldo Ribeiro, Ignacio Loyola Brandão y muchos otros. Es una generación que está ligada con la anterior, la de Carlos Heitor



Cony, quien hoy tiene un gran éxito después de 23 años sin publicar nada. Con la novela *Casi memoria* a sus 72 años está produciendo lo mejor de su obra. La generación de Cony es también la de Autran Dourado, José J. Veiga, Lygia Fagundes Telles (una verdadera "rainha" de la literatura). Estas dos generaciones convocando a los que vienen luego han obtenido un gran espacio internacional. El Salón del Libro de París de 1987, la Feria del Libro de Frankfurt en 1984 y en 1998 otra vez el Salón del Libro de París, le han dado especial atención a la literatura brasileña. El año pasado concurrimos a París 40 escritores de mi país.

Algunos, como Carlos Heitor Cony, Lygia Fagundes Telles, Nélida Piñón y yo fuimos condecorados con la Orden de las Artes y las Letras.

Casi un continente

- En un país con tantas diversidades ¿se puede hablar de una literatura brasileña?

-La literatura brasileña vive aislada dentro del continente, pero tiene una característica curiosa. Hay asociaciones de nuestra narrativa con la hispanoamericana, pero hay singularidades que son solamente nuestras. Hay una enorme diversidad de estilos, tendencias, maneras de hacer literatura. Yo soy de Bahía y João Ubaldo Ribeiro también, somos de la misma generación, de la misma edad, pero somos distintos. Él es de Itaparica, en el litoral de Bahía, y yo soy del sertão, y eso explica que seamos tan diferentes.

Si dentro de un estado, los escritores de una misma generación no se parecen entre sí, imagínate lo que sucede si pensamos en todo el país. Cada región tiene una manera de pensar, una cultura propia, no se puede comparar Bahía con la Amazonia o Río de Janeiro con Porto Alegre. Eso da una riqueza literaria muy grande.

- ¿Esas diferencias son mayores en cuanto a la temática o hay grandes diferencias de tipo formal?

- En todos los sentidos. La literatura brasileña comenzó con una influencia muy fuerte de la literatura inglesa. Machado de Assis había leído muy bien a Sterne, pero él es



Machado de Assis, por aquello de la canibalización. La antropofagia es muy antigua en Brasil. Los escritores anteriores a mí sufrieron influencias del nouveau roman francés, por ejemplo.

Yo siento que mis fuentes principales fueron los norteamericanos: yo soy aquel chico que amaba a Faulkner y a Scott Fitzgerald (se ríe). Y claro, hoy cuando me leo me siento pariente próximo de García Márquez y de Rulfo, que son parientes de Faulkner. De modo que somos primos.

Partir y regresar

-Su literatura es de ámbito rural fundamentalmente.

-No exactamente. Mi escenario fundamental es Junco, el pueblito donde nací. Ahora lo cambiaron, ya no se llama así. Pero yo escribo mucho sobre el desarraigo, el impulso de abandonar el lugar y sobre el regreso, sobre todo. Uno de mis libros, que vendió más de 150.000 ejemplares, es una novela breve que se llama **Esa tierra** (1976). Está traducida a muchos idiomas. Y es una historia de regreso, sobre un hombre que sale de su tierra en Bahía, va para San Pablo y regresa veinte años después y se mata ahorcado en el gancho de una hamaca. Es una historia real y yo fui a investigar la existencia real de este hombre, y no pude saber nada. Nadie quería hablar de él. Entonces me di cuenta que la negación del hecho era el verdadero hecho. Y percibí por qué aquella gente no quería hablar de este hombre que fue a San Pablo, regresó y se mató. Porque el sueño del lugar era partir. Si uno parte, regresa y se mata, mata el sueño del lugar. Con este cuadro en mis manos me dije "Tienes que ser un verdadero novelista, buscar los hechos, y escribir la novela".

-Ese tema recurrente que es el sueño de salir, es un tema arraigado en el sertão, una tierra de migraciones.

-Claro que la pobreza existe y moviliza a las personas, pero no es sólo esto. Es la seducción de la civilización. A partir de la época de Juscelino Kubitschek que hizo la carretera Río-Bahía, se facilitó el desplazamiento: huir y regresar. Yo recuerdo que era



niño cuando llegó el primer camión. Para mí el conductor del camión era el hombre civilizado, empezando por su ropa que era diferente de las nuestras, su manera de hablar. Inmediatamente quise ser camionero para salir por el mundo.

El sertão es una soledad enorme, hay pequeños pueblitos, las noches son mayores que los días, noches llenas de fantasmas. Hay una gran riqueza de literatura oral, porque la gente no sabe leer y escribir.

El poder de la imaginación

-¿Cómo nació entonces el escritor?

-El sertão me hizo escritor cuando era niño, porque fui a una escuela rural, y la maestra, que no era de allí, percibió que me gustaba leer y escribir y empezó a hacer una especie de taller literario conmigo todos los días. Yo tenía que leer un texto y después escribir una composición. De ahí salió el escritor. Porque uno de los temas recurrentes era "Un día de lluvia". Como en el sertão nunca llueve exigía mucha imaginación (se ríe). Y cuando descubrieron que sabía escribir empezaron a aparecer los muchachos para que yo escribiera sus cartas de amor. Después la muchacha que recibía la carta me llamaba para que yo se la leyera. Y yo después escribía la respuesta. Por ese tiempo gané los primeros derechos autorales de mi vida: me pagaban en dulces.

-Y ahora sigue escribiendo para ellos.

-Sí, yo escribo sobre ese pueblo. El año pasado me hicieron un homenaje en ese lugar. Fue la cosa más emocionante de mi vida. Mucho más fuerte que ganar la medalla en París. Pero sé que la medalla de París ayuda a que en Junco me hagan un homenaje. Tuve que hablar en la iglesia porque es el mayor espacio que hay en el pueblo. Y prácticamente todo el pueblo estaba allí. Había 3.500 personas. Y cuando miré esos rostros me quedé helado. Y sólo pude decirles: "Ya hablé de ustedes en todo el mundo, hasta en Bulgaria, pero ahora mirándolos a la cara, no sé de qué hablar". Entonces abrí mi novela más reciente, *El perro y el lobo*, que es la



reconstrucción de la historia de *Esa tierra* veinte años después, y la abrí donde el personaje que estaba en San Pablo imagina cómo sería volver a su lugar. Leí para ellos, y cuando terminé la lectura, miré los rostros y todos estaban contritos, como si yo acabara de rezar la misa. Fue una cosa impresionante.

Entonces recordé el día en que de niño subí a aquel mismo altar para ayudar al cura a decir la misa en latín, y en aquella ocasión no conseguí recordar toda mi parte. Y les dije que mi estrena en aquella iglesia había sido un fracaso.

Terminé cantando "Introibo ad altare Dei", y me contestaron en latín "Ad Deum qui laetificat iuventutem meam". Y vi a una negra con un rostro bellísimo, que cantaba en el coro de la iglesia cuando yo era niño, y ahora le caían las lágrimas por la cara mientras cantaba.

Yo soy ese escritor. Mi escritura viene del amor. Yo busco crear cosas que emocionen. Creo que la utopía del arte es crear belleza.